

DON TOMÁS



Don Tomás ESTRADA PALMA.

SU HONRADEZ, SUS ÚLTIMOS DÍAS, SU MUERTE

Por ROIG DE LEUCHSENRING

NOS PIDEN varios lectores amigos que rememoremos el trigésimo aniversario de la muerte de don Tomás Estrada Palma—4 de noviembre de 1908—consagrándole la página histórica de esta semana.

Y aunque ya en otras oportunidades, y desde esta misma revista, hemos dedicado varios trabajos a tan discutida personalidad cubana, enjuiciando en unos su actuación revolucionaria durante la guerra del 68 y como sustituto de Martí al frente de la Delegación del Partido Cubano Revolucionario en Nueva York, en la guerra del 95, y su labor política en la presidencia de la República, de 1902 a 1906; y narrando en otros sus días de maestro como director del colegio por él fundado en Central Valley, todo ello no es obstáculo para que ahora evoquemos de nuevo su figura en lo que constituyó la más predominante de sus cualidades morales: la honradez.

Y para ello vamos a servirnos de los recuerdos que, expresamente para redactar el presente artículo, hemos recogido del señor Eduardo E. Lores, fervoroso amigo que fué de don Tomás y testigo excepcional de los últimos años de su vida y de sus días postreros. También nos serviremos del libro publicado en 1911 por otro admirador entusiasta de Estrada Palma: Carlos de Velasco.

De la vida, austera y sencilla, que hacía don Tomás en Palacio, nos dice Lores que era ésta tan modesta y pulcra que el Presidente devolvía inmediatamente al Tesoro los gastos que eran parte también

gado, y también a levantar su finca La Punta, próxima a Guamo, en la provincia oriental.

Lores nos refiere esta anécdota, reveladora de la escrupulosidad con que don Tomás administró los fondos de la revolución. "Acercas de este particular—nos dice—me contaba Mr. Bruff, que fué administrador de la Union Metallic Cartridge Co., que una vez quiso regalarle a Josy—José Manuel—su hijo, una bicicleta, y don Tomás se negó, pues podían pensar que había sido adquirida con fondos de la revolución".

Y tan pobre salió don Tomás de la Presidencia, que al abandonarla, según nos refiere Lores, "se vió forzado a hipotecar su casa-colegio de Central Valley, operación que realizó teniendo como hipotecario al señor Carlos de Zaldo, quien, gentilmente, le ofreció un préstamo de diez mil pesos, pero don Tomás se negó a aceptarlo si no le admitía la garantía del referido inmueble. Al morir don Tomás el señor Zaldo levantó la hipoteca y le devolvió la casa a la viuda".

Carlos de Velasco, para ponderar la singular honradez del Gobierno de Estrada Palma, cita el hecho elocuente de que, al encargarse de la Presidencia, el 20 de mayo de 1902, recibió del gobernador Leonardo Wood la suma de \$539.984.99, y al renunciarla en 29 de septiembre de 1906 dejó en el Tesoro Nacional \$13.625.539.65. Y cuenta que al hacerle entrega del Gobierno, "el general Wood dió a don Tomás un cheque por \$3.000 moneda oficial para sus primeros gastos, que debía hacer efectivo de los fondos públicos; y el Presidente devolvió el cheque a la Tesorería General de la República, con una carta".

También recoge Velasco en su obra *Estrada Palma: contribución histórica*, el siguiente suceso que recordó José Antonio González Lanuza en discurso pronunciado en el Círculo del Partido Conservador Nacional, la noche del 20 de octubre de 1902, según le fué relatado por el señor Jorge Alfredo Belt, ex secretario de la Presidencia de la República, y que es el siguiente: "Ultimado el empréstito de los \$35.000.000.00 con los banqueros Speyer y Co., de Nueva York, dichos señores enviaron al Presidente un sencillo reloj de oro como regalo. El primer impulso de don Tomás fué

de los dos años y cuatro meses que duró el provisionalato del gobernador Magoon, fueron despilfarrados por éste y sus conmlitonos cubanos y americanos, dejando además hipotecada nuestra hacienda en \$11.920.824.54 de obligaciones por cubrir, contraídas durante su administración? Pues, para lo siguiente: "Recoger, primero, los bonos de la revolución del 95—deuda contraída por el Gobierno revolucionario—la que ascendía a más de dos millones. Ir comprando también los bonos de la deuda interior—unos once millones—de los que ya se hizo en tiempo de Estrada Palma la primera adquisición por valor de un millón de pesos, por el Estado cubano, y luego hubo que lanzarlos al mercado durante una administración posterior. Realizar la magna obra del alcantarillado y pavimentación de La Habana, "con dinero de Cuba y de contado"—sin forzar el crédito de la nación ni contraer nuevas deudas... Después se acometería la prolongación del Malecón hasta La Chorrera y en caso de alcanzar los recursos sobrantes, también las obras de defensa contra las inundaciones del Roque..."

De una interesantísima correspondencia de don Tomás con el que fué su secretario de la Presidencia, el licenciado Jorge Alfredo Belt, escrita toda ella en su retiro de La Punta, descubrimos valiosos rasgos, reveladores de la vida mísera que don Tomás se vió obligado a llevar después que abandonó el Palacio Presidencial, y de las amarguras y tristezas que sufría y las hondas decepciones que experimentaba, reconfortado únicamente con su entereza de carácter y con la de sus familiares. "Mi familia—dice en carta de agosto 31 de 1907—no obstante lo brusco del cambio sufrido, las privaciones que experimenta i las incomodidades i molestias que tiene que soportar, de las cuales no es la mayor la que ocasiona la plaga de mosquitos i jejenes que, por lo general de noche, á veces de día, nos asedia casi diariamente, a pesar, digo, de tales contrariedades se muestra inalterable en la condición de carácter de cada cual, habiendo todos aceptado la nueva situación de buena voluntad, hasta el punto de parecer que ninguno echa de menos absolutamente aquellas comodidades del pasado, bien que

dios con que mandarlos á recibir una educación profesional por modesta que sea". Y ante cuadro tan doloroso, exclama don Tomás: "¿Qué delito he cometido, o cuál es el pecado en castigo del cual, á pesar de haber trabajado toda mi vida, me encuentro al cabo de ella, al encorvar el peso de los años de mi cuerpo sobre el sepulcro, me encuentro, digo, en tan precaria y difícil situación?"

Eduardo Lores nos dice que cuando don Tomás bajaba las escaleras del Palacio para salir hacia Matanzas, "sólo le acompañábamos el general Freyre de Andrade, el doctor Jorge Alfredo Belt y dos o tres más que no recuerdo sus nombres". Y Velasco cuenta que el Presidente "abandonó la capital por la Estación de Villanueva a las 8 y media de la mañana del domingo 13 de septiembre de 1906". En Matanzas, al decir de Lores, le preparó alojamiento su amigo el general Pedro Betancourt. Lores lo encontró, "si bien triste, con ánimo entero, con el perdón en los labios y con fe en los destinos de Cuba. Me confesó—agrega—que sólo había sacado de Palacio unos mil cuatrocientos pesos, mínimo causal que se iba mermando con alarma para él, al verse obligado a obsequiar con comidas unas veces y otras con compañía y demás bebidas costosas a los pocos amigos fieles que lo iban a visitar. "Se figuran que tengo dinero, y, como no quiero confesarles mi situación, pienso irme cuanto antes para La Punta".

Allí lo fué a visitar Lores, y a su paso por Manzanillo se encontró con un médico del Ejército americano que había estado en aquella finca, y al preguntarle por la salud de don Tomás, le contestó: "Es un completo colapso y no veo cómo puede reponerse no tiene dientes y su alimentación es deficiente e impropia para un hombre de su edad. Consiste en carne de res salada y curada al sol por no tener aves, harinas de cereales ni otros alimentos apropiados. Además, la plaga de mosquitos y jejenes es insostenible". Lores le manifestó el propósito de sacar a don Tomás de allí, pero el facultativo norteamericano le expresó que creía ya era tarde. Cuando Lores llegó a La Punta pudo comprobar que su informante no le había engañado: "De mi querido maestro solo quedaba enteros el espíritu y el cerebro; aquella gran figura no era más que apariencia, aquel venerable patrio entraba en el no ser sin rencores para nadie, pero llena el alma de amarguras. Su casa estaba situada en uno de los lugares más altos de la finca, pero, no obstante, se formaba mucho fango en todo el batey, lo que unido a la proximidad del río Cautín hacía que el lugar fuera insalubre. Tenía las puertas y ventanas con tela metálica, lo que no impedía que penetraran en ella los jejenes. Fuera de ella era imposible soportar la plaga de éstos. Aquello resultaba un infierno, una verdadera sanción para los que

Aquí me moriré yo". Tampoco quiso aceptar el auxilio, que Lores se ofrecía gestionarle, de sus amigos cubanos ricos. Con acento convencido y con tristeza, le replicó: "Mis amigos son los hombres modestos de Cuba", frase que dice Lores ya había vertido don Tomás en otra ocasión. No obstante estas negativas, Lores recabó la ayuda del capitán Dougherty, supervisor entonces de la provincia de Oriente, quien, "sin titubear me entregó el cheque de su sueldo, su único capital, que acababa de recibir, al cual uní el mío con deleite de mi alma. Con ellos me fui a ver al señor Calás,

que era primo de don Tomás; le enteré del mal estado de su salud y de la imperiosa necesidad de sacarlo incontinenti de la finca. Me oyó con atención, ignoraba lo que le ocurría a su primo, y se negó terminantemente a aceptar nuestro concurso en dinero y nos agradeció nuestra iniciativa".

Antes de abandonar Eduardo Lores La Punta, pudo observar que ya el cerebro de don Tomás flaqueaba, y su organismo iba decayendo poco a poco. "Tres o cuatro días antes de mi salida para Santa Clara—termina el señor Lores—en momentos en que platicaba con él, cambió de re-

pente de conversación, y como hablando consigo mismo dijo: "¡Esto se acabó, se acabó!"

Y allá, en las soledades de su finca La Punta, murió don Tomás, a las 11 y 15 minutos de la noche del 4 de noviembre de 1908. Al recibir sepultura su cadáver, en el cementerio de Santiago de Cuba, el 6 de noviembre, el gobernador de Oriente, coronel Rafael Manduley del Río, perteneciente al Partido Liberal, pronunció estas palabras que envuelven un apreciable juicio histórico sobre el hombre y el ciudadano, y constituyen, también, dura lección para tantos políticos y

gobnantes, ayunos de probidad administrativa, que Cuba ha padecido después, hasta nuestros días: "El hombre que dejamos aquí, tuvo, como todo humano, defectos y virtudes; cometió, como todo humano, errores; pero nada eran los unos y los otros comparados con aquellas que demostró como hijo amante, esposo fiel, padre cariñoso y ciudadano ejemplar. Si modelo fué en su vida privada, modelo fué también en su vida pública: es espejo en que deben mirarse todos los cubanos que me escuchan y todas las generaciones de ellos por venir".